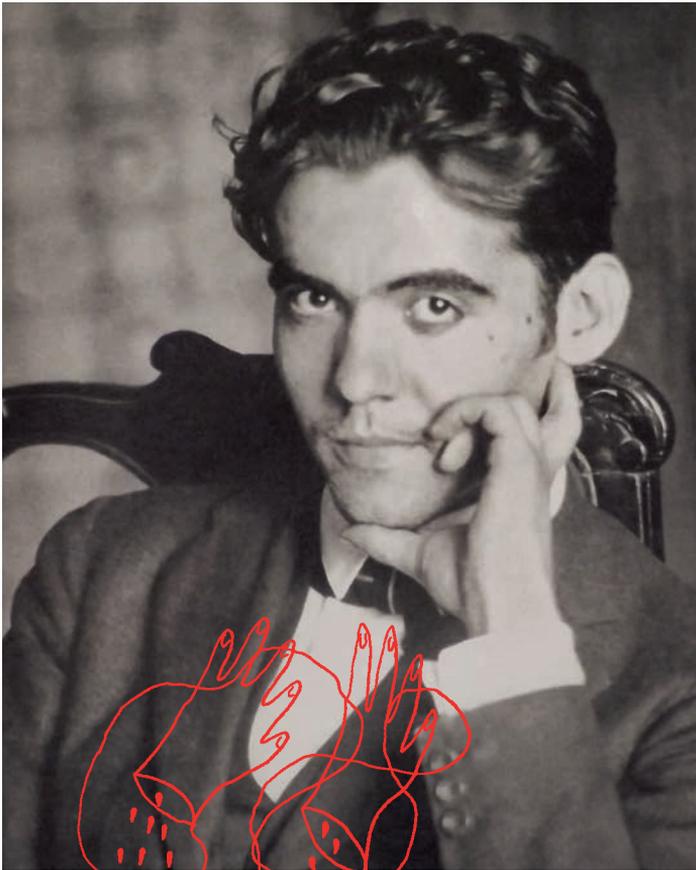


El viaje de
Federico



Ana Bernal-Triviño

El viaje de
Federico

Ana Bernal-Triviño

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Ana Bernal-Triviño, 2021, 2022, 2023, 2024

© Ilustración y fotografía de cubierta: Album

© Diseño de cubierta: Lunwerg

© Editorial Planeta, S.A., 2021, 2022, 2023, 2024

Lunwerg es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid
lunwerg@lunwerg.com
www.lunwerg.com
www.instagram.com/lunwerg
www.facebook.com/lunwerg
www.twitter.com/Lunwerglibros

Primera edición en esta presentación: junio de 2024

ISBN: 978-84-19875-83-9

Depósito legal: B. 5.626-2024

Imprime: Liberdúplex

Impreso en España – *Printed in Spain*



ÍNDICE

Las mujeres de Federico	9
La rosa roja	13
La rosa rosa	42
La rosa blanca	74
La rosa sin pétalo	104
Mañana del 18 de agosto	137
Los hombres de Federico	141
La rosa roja	145
La rosa rosa	172
La rosa blanca	204
La rosa sin pétalo	240
Mañana del 18 de agosto	289
Vuelve Federico	291
La rosa negra	295
La rosa gris	323
La rosa blanca	362
La rosa sin pétalo	390
Epílogo	427
Cartas de la autora a Federico	429

Las mujeres de
Federico

LA ROSA ROJA

Doña Rosita se mordió el labio inferior con emoción mientras depositaba sobre la mesa del comedor la carta que leía en voz alta, una vez más. «Yo creo que está bien», se dijo. Hacía unos días que le rondaba la cabeza esa idea de encontrarse con el resto de las protagonistas de las obras de Federico García Lorca, de hablar de ellas y entre ellas para buscar otros destinos.

Desde fuera de la vivienda, nadie podía sospechar que la casa se habitaría aquel 17 de agosto. El canto de algunos pájaros rompía el silencio anunciando un nuevo día, mientras unas flores se abrían lentamente para empezar a marcar el paso del tiempo. La puerta verde de la Huerta de San Vicente permanecía cerrada para blindar aquella reunión secreta.

En todos estos años, en la soledad de la espera, Rosita había escrito en un breve diario sobre su vida forzada, la designada para ella. Pensar que había una mínima opción de cambio o de rebeldía frente a aquel destino eterno la llenaba de esperanza. Sonrió y se acercó a la ventana del salón. Aunque no lo sabía, dos personajes la observaban tras el cristal, desde lejos, ataviada con la misma vestimenta que le había sido asignada en su día: un traje del novecientos rosa, mangas de jamón y adorno de cintas.

Rosita agitaba con ímpetu su ropa, sofocada por el calor aplastante del verano de Granada. Pesaba tanto aquel bochorno que parecía que ralentizase el tiempo, de la misma manera que ella se había paralizado en su libro en una espera sin fin. Pero no quiso perderse en esos pensamientos. Ahora solo quería centrarse en el presente y dudaba de si, realmente, su carta tendría algún efecto; de si las otras protagonistas creadas por Federico acudirían a la cita y se sumarían a su petición. Le daba igual esperar, porque ya llevaba toda la vida esperando.

Por la ventana echó un vistazo al jardín de la Huerta de San Vicente, apabullante de flores, árboles, perfumes, colores y plantas. De izquierda a derecha reparó en el almez, el ciprés, el laurel, el naranjo y las acacias que estaban en primer término. Se retiró para acercarse a la mesa pequeña y al jarrón de cristal de donde había sacado unas flores secas para sustituirlas por la rosa *mutabile*, que empezaba a desplegar su tono rojo. Pensaba en su tío, en su tía y en la historia de esa flor.

Ensimismada en sus recuerdos, se sobresaltó cuando escuchó unos golpes en la puerta. El sonido la paralizó y esperó a que se repitiera para tener más seguridad. Dos golpes más. Abandonó el comedor con rapidez y se dirigió al recibidor de la casa. Una vez allí, acercó su oreja a la puerta verde de la entrada.

Distinguió las voces de dos mujeres que hablaban de los jazmines azules que trepaban junto a la ventana y de los dos granados de las macetas. Su corazón empezó a acelerarse. Hizo una pequeña pausa para retocarse el cabello, se planchó la ropa con las manos y respiró profundamente antes de abrir. Cruzó su mirada con las dos invitadas y esperó a que ellas hablaran primero.

—¿Doña Rosita la Soltera?

—Sí, soy yo —respondió con una enorme emoción mientras se llevaba las manos a los labios.

—Yo soy Belisa.

—Y yo... la Zapatera —entonó la otra mujer con socarronería—. A este hombre no se le ocurrió otra cosa que no darme nombre y que todo el mundo me conociera por la profesión de mi esposo. Pero sí, soy yo. La Zapatera, aquí presente, si puedo ser de ayuda.

—Qué ganas tenía de veros —exclamó Rosita, con júbilo—. Gracias, gracias, gracias. Espero que no os molestara que os escribiese. Pasad por aquí, a la izquierda. No estaba segura de que vinierais.

Belisa entró con unos pasos tímidos, pero cada movimiento en ella estaba cargado de sensualidad. Miraba cada esquina de la casa, desde el suelo a los cuadros o las lámparas, pero la Zapatera avanzó decidida al comedor, con su vestido verde y el pelo tirante, con dos grandes rosas prendidas a él. Curiosa, pasaba del cuadro de *La Primavera* de Botticelli a la mantelería o a la vajilla. Rosita iba tras ellas, alucinada con su presencia. Todas las ideas que quería decir se agolpaban en su cabeza llena de preguntas. Todas las que se había hecho desde su creación y hasta el término de su vida en aquella página del libro.

—¡Cómo no íbamos a venir! —exclamó la Zapatera. Y advirtió—: Yo soy de decir las cosas a las claras siempre, así me gané la fama que tuve...

—¿Y esas rosas que llevas en el pelo? —preguntó Rosita, cautivada por su singularidad.

—Me gusta llevarlas siempre, hay que adornarse en esta vida. O eso supongo... Me las puso García Lorca en la obra, así que me quedé con ellas.

—Es que me encantan las flores —expresó Rosita—. Mi tío las cultivaba. Me sé de memoria la historia de muchas de ellas y en ese jardín de fuera hay cientos. De hecho, mi obra se llama *Doña Rosita la Soltera o el lenguaje de las flores*.

—¿Las flores hablan? —preguntó Belisa, con un deje de duda en la voz.

—Más o menos... —respondió Rosita—. Esta sala está repleta de sillas. Os podéis sentar donde queráis y hablamos.

—Yo tengo poco que hablar... Vosotras, al menos, sois protagonistas en la obra —comentó Belisa mientras avanzaba hacia la rosa *mutabile*—. La Zapatera, doña Rosita... En mi caso voy de segunda, *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*.

—Vaya nombre... ¿don Perlimplín? Y me quejo yo de la Zapatera y el Zapatero... ¿Perlimplín era tu marido?

Belisa guardó unos segundos de silencio antes de responder. No conocía hasta qué punto Rosita estaba al tanto de lo ocurrido en su vida. Por lo que había podido averiguar de camino a la casa con un par de preguntas, la Zapatera no sabía nada. Belisa sentía aún, después de tanto tiempo, un peso de culpabilidad. Se aproximó a la flor que había dejado Rosita para desviar la conversación. La Zapatera, que hasta entonces curioseaba la vajilla del aparador, también se sintió atraída y se aproximó. Cuando vio esa reacción de las dos, Rosita dio un brinco y acudió hasta la mesa. Estaba ilusionada de explicar aquella historia de la que conocía todos los detalles.

—Es una rosa *mutabile* y es la que nos marcará hoy el tiempo. Ese es su propio lenguaje, su manera de hablarnos —respondió Rosita, con un guiño a Belisa para que comprendiera su anterior comentario—. Tenemos solo un día. Mi tío me explicó la historia de esta flor. Es roja por la mañana, a la tarde se pone blanca y se deshoja por la noche. Cuando caiga el último pétalo deberíamos de haber hablado ya con Federico para cambiar nuestra historia.

Las tres observaron la rosa unos instantes, pensando si realmente conseguirían su propósito a tiempo. A estas cavilaciones se sumó, en el caso de Rosita, el recuerdo de su tío y de su tía, pero también el de todas las veces que esa flor le había marcado el paso de los años, en un bucle continuo. Belisa mostró una enigmática mirada ante lo que era un descubrimiento inaudito para ella, y la Zapatera aprovechó la ocasión para evaluar la calidad del paño de punto de la mesa principal.

—Entonces —dijo, decidida a resolver sus dudas—, ¿se supone que Federico nos pensó a algunas aquí, en esta huerta?

—Sí —confirmó Rosita—. En mi caso fue así. He leído un poco en la zona de visitas de esta casa y pone que la Huerta de San Vicente era una tierra de la familia. Ayer, mientras merodeaba por el jardín sin ser vista, un señor guiaba a un grupo de personas y explicaba que fue una de las últimas casas donde estuvo Federico antes de que se lo llevaran, aunque no pude escuchar adónde... En la planta superior está su dormitorio y la mesa donde nos escribió. No sé, hay algo mágico en todo esto.

Mientras Rosita hablaba, Belisa caminó hacia la mesa de madera que ocupaba el centro del salón cubierta con un mantel bordado. Le inquietó pensar que sobre ella hubiera podido apoyarse, en algún momento, su creador. Quizás, incluso, especulando sobre ella y su destino, y que, estando allí sentado, cualquier cambio de pensamiento de Federico hubiese modificado la vida de ella para siempre. Aprovechó para tomar asiento en una de las sillas de cuero repujado y abanicarse del calor.

—Todo esto es mágico, sí —corroboró la Zapatera—. Imaginad que en sus visitas a esta casa los humanos pudieran vernos y les abriéramos nosotras la puerta. —Tosió un par de veces y moduló la voz, a la vez que hacía ademán de abrir una puerta invisible—. Hola, soy la Zapatera, ella es Rosita y ella Belisa y venimos a ajustar cuentas con nuestro autor, Federico García Lorca.

—Ay, quita, quita, no lo digas ni en broma —respondió Rosita con una ligera carcajada—. ¿Queréis ver la casa y el sitio donde Federico escribió sobre muchas de nosotras?

Las dos asintieron y Rosita guio un recorrido por la vivienda, con todo lujo de detalles. Las paredes blancas, al menos, ayudaban a refrescar algo el calor. Aún se conservaban por la casa algunos de los objetos o calidades, como aquel colorido suelo hidráulico granadino sobre el que, a ratos, Belisa jugaba a saltar hasta llegar al espejo con el marco *art déco* del recibidor, para acicalarse. La Zapatera aprovechó para balancearse en una de las dos mecedoras y Belisa se ilusionó con el diván, tumbándose en él unos instantes, entre risas. Se levantó, rápida, cuando comprobó que se retrasaba y que Rosita ya había hecho pasar a la Zapatera al salón principal, donde estaba el piano de Federico. Nada más verlo, esta se acercó a él. Levantó la tapa y, no supo bien si por azar o por algún instinto, tocó dos notas musicales con el teclado que les resultaron familiares, aunque no logró identificar la composición. Tan absorta se quedó en aquel evocador y minúsculo sonido que tuvo que apresurarse para alcanzar a Belisa y Rosita. Fue en su busca hasta el comedor y, a pesar de escuchar sus voces, no las localizaba, hasta que Rosita la asustó asomando su cabeza por un pequeño pasaplatos que conectaba con la cocina. Intrigada, se adentró en aquel espacio, donde pudo ver la chimenea, los calderos de cobre, las vajillas de la época, la antigua hornilla y la más moderna de la época. Subieron por las escaleras hacia el dormitorio de Federico y allí permanecieron en silencio, como si acabaran de llegar a un templo donde honrar a un creador. Abrieron las ventanas para hacer corriente y del jardín ascendió con fuerza un intenso olor a jazmín. Belisa pegó

un pequeño salto para descansar en la cama y la Zapatera la imitó, tumbándose a su lado, mientras Rosita se sentaba en la silla de Federico y acariciaba su mesa.

—Aquí fui creada —evocó, acompañando sus palabras de un fuerte suspiro—. Para mí es un espacio mágico y me devuelve una energía extraña, como si fuera un lugar sagrado. Debía de ser el refugio del propio Federico, donde pensaba en nosotras y en él mismo, ausente a todas las miradas. Aquí al lado hay otra habitación con algunas fotos y textos de Federico. No he podido evitar leer una donde dice: «Aquí estoy terminando la última escena de *Yerma* y planeando *Doña Rosita o el lenguaje de las flores*. Dentro de unos días estaré en Madrid para marchar a Santander con La Barraca» —comentó, señalando el cartel de la compañía de teatro que estaba aún colgado en la pared.

Por la reacción impasible de Belisa y la Zapatera, Rosita comprendió que desconocían a qué se refería. Aprovechó para contarles lo que había averiguado de la historia de La Barraca, una compañía a la que pertenecía Federico y que se encargó de acercar el teatro a todos aquellos rincones y pueblos de España donde la cultura no llegaba durante la Segunda República española. Y, mientras lo hacía, comprobó en primera persona cómo los rostros de sus compañeras se iluminaban conforme descubrían todos aquellos detalles.

Rosita hizo una pausa y marcó una sonrisa más profunda. Miró de nuevo a sus invitadas, como si solo con su presencia estuviera más cerca de su propósito. Nunca había experimentado la sensación de construir algo desde su autonomía y eso la hacía crecer por dentro. Para ella era una sensación única, jamás vivida.

—¿Qué hizo Federico con tu vida? —preguntó Belisa a Rosita, mientras inspiraba hondo el perfume de las flores que llegaba desde el balcón.

—Limitar mi vida.

—Como a todas —añadió Belisa con un suspiro, mientras tocaba, curiosa, la manta de la cama de Federico.

—Pero nos limitó porque la sociedad era así —matizó la Zapatera—. Si os contara lo que decían de mí en el pueblo os caéis del susto... ¿Qué otra vida podría esperarnos?

—Supongo que una mejor. Llevo toda mi vida esperando —apuntó Rosita—. Se suponía que me casaba con mi primo. Él se fue a Tucumán...

—Tucu ¿qué? Pero ¿eso dónde está? —preguntó Belisa, con desvelo.

—Muy lejos de Granada, muy lejos, cruzando el océano. Por Argentina. La situación aquí era difícil y allí había prosperidad y futuro. Mi tía no dejó que me fuera con él. «Yo di mi palabra y la cumpliré», le prometió a mi tía. Y a la vista está... nunca volvió —matizó con resignación—. Se casó con otra. Luego

nos arruinamos tras la muerte de tito porque él empeñó la casa por mi ajuar. Primo nunca regresó por mí. Desde entonces, mi vida transcurre en un espacio de espera eterno.

Las tres guardaron un silencio denso.

—Menudo mal acuerdo te cerraron, hija mía —apuntó la Zapatera.

Belisa le lanzó una mirada de reprobación.

—Ama me criticaba porque yo todo lo quería siempre volando y, al final, he desarrollado una paciencia infinita. Y eso me ha condicionado mucho. Por ejemplo, no pensaba que vinierais. Desde aquello a veces soy profundamente desconfiada. Ama decía: «Tendrá el pelo de plata y todavía estará cosiendo cintas de raso liberty en los volantes de su camisa de novia». Tuvo razón. —Rosita permaneció unos instantes en silencio antes de preguntar—. Me da algo de pudor preguntar porque nos acabamos de conocer, pero nuestro tiempo es breve y quiero saber todo de vosotras, si no os importa. ¿Qué os ocurrió? ¿Tuvisteis más suerte que yo? ¿Os quisieron vuestros hombres?

—¡Yo qué sé! —exclamó la Zapatera

Belisa se encogió de hombros y retorció la boca, en un gesto no muy convencido.

—Quizás la suerte estaba en que no nos quisieran —apuntó mientras el recuerdo de don Perlimplín la seguía sobrecogiéndolo.

—Pero ¿cómo es el amor en pareja? —continuó Rosita—. ¿Es real? Porque yo he amado con todo mi cuerpo y mente a alguien a quien conocía a través de cartas y sin apenas tocarlo. Quizás no debí dejarme llevar por la ilusión, pero imaginaba muchas veces que hablaba con él, en mi cama, cuando abrazaba mi almohada, pensando en proyectos juntos... hasta que descubría que hablaba sola.

—Jesús, Jesús, Jesús y Jesús, que esto se complica —interrumpió la Zapatera—. Creo que somos más fuertes frente al amor, pero que nos hicieron pensar que éramos débiles. Cuando mi Zapatero me abandonó tuve que sacar arrojo y fuerza bajo las piedras para seguir. A pesar del qué dirán, me busqué la vida. Por las noches lloraba, pero de día seguía hacia delante y sin lágrimas. La gente quiere verte mal y no. Al final, lo comido por lo servido. Nos queremos. Él y yo nos queremos, pero es más un amor de cariño que de deseo... Será por la diferencia de edad.

—¿Cuántos años de diferencia? —preguntó Belisa, con intriga.

—Yo, dieciocho y él, cincuenta y tres años.

—¡Virgen santa! —exclamó Rosita—. Pero si podrías ser su hija.

—Sin ofender, ¿eh? No tuve otra elección.

—Yo tampoco —confesó Belisa tras sopesar durante unos instantes si confesar más de su historia o no—. Me casaron con un hombre mayor. A casi todas nos casaron con quienes no queríamos, en el fondo. O igual los quisimos un poco, con el trato y el paso del tiempo. Perlimplín tenía dinero y... poco más pude decir. Recuerdo que cuando mi madre concertaba mi matrimonio, le pregunté: «¿Y yo?», porque yo quería dar mi opinión. Y ella respondió: «Tú estás conforme». Y es verdad. Si nadie me quería iba a ser la solterona... —comentó, a la vez que se llevaba la mano a la boca mirando a Rosita—. Perdona.

Esta respondió con un gesto de despreocupación, restándole importancia. Rosita ya estaba acostumbrada a que la señalaran. Su vida había sido la de los murmullos constantes a su espalda, o de frente, cuando salía a la calle. De pronto, levantó la mirada como si estuviera ante un descubrimiento.

—¿Sabéis qué le voy a pedir a Federico?

—Miedo me da, que te veo muy envalentonada —apuntó la Zapatera.

—Calla —indicó, con dulzura y una breve sonrisa—. No se lo he desvelado a nadie aún. Le pediré a Federico ser soltera, pero soltera de verdad. Olvidar a mi novio y ser soltera solterísima.

La Zapatera no daba crédito a lo que escuchaba. Sobrecogida, se levantó de la cama llevándose las manos a la cabeza.

—Pero ¡cómo se te ocurre! ¿Es efecto del calor? Eso es una deshonra para tus tíos, para tu familia. Las mujeres solteras no tienen destino.

—¡Ahora, sí! ¡Ahora, sí! —replicó Rosita, a la par que se levantaba de la silla.

—¿Ahora? ¿Por qué lo sabes?

Rosita se frenó y modeló su compostura. En el mundo de los personajes hay que plegarse a ciertas normas, y ella no es que fuera, precisamente, un ejemplo a seguir.

—Además de hacer esta convocatoria..., ¿no estarás atendiendo a los humanos y a las humanas mientras leen nuestras obras, verdad? ¿No te habrá contado algo alguna humana? —preguntó la Zapatera—. Eso no podemos hacerlo, tenemos que ceñirnos a nuestras historias. Es una osadía que le pidas algo así a Federico. Pensaba que pretendías que trajera a tu novio o que él se divorciara de la argentina, no sé, lo normal.

—¿Y qué es lo normal? ¿Quién ha decidido qué es lo normal para nosotras? Déjala que, al menos, lo exprese —demandó Belisa—. Suficiente condena padecemos. Tenemos derecho a pensar ser libres, a decidir por nosotras mismas. Rosita —se dirigió a ella, sujetando sus manos—, no te creas todo lo

que cuentan del amor. Yo fui forzada a casarme. Te puedo confesar que sentía angustia cuando, en la cama, él se me acercaba.

Rosita meditó unos instantes. Comprobó que en aquellas otras mujeres tampoco había una vida mucho mejor que la suya. Aunque habían estado con parejas, no se habían librado de ser evaluadas por la sociedad en cada uno de sus comportamientos y reacciones. Ella había sentido el amor, pero en una sola dirección, hacia un hombre casi invisible del que ya apenas recordaba bien su rostro. Suponía que, quizás, si de verdad hubiese existido amor, las cartas nunca habrían cesado ni habrían sido sustituidas por un silencio eterno que la anulaba como persona. Y, a pesar de que aquello suponía en su entorno una muestra de rebeldía, recordaba cómo su tía había manifestado, implorando casi, que ella merecía una despedida y una atención, sin ser ignorada. «¿Eso era el amor?», le solía preguntar su ama, para que reaccionara. Y ella nunca había sabido qué responder.

—Quizás el amor no sea como esperábamos, ni tampoco el matrimonio. —Rosita no sabía si estaba muy convencida de aquellas palabras que había reflexionado en voz alta tras sus pensamientos internos—. Tito y tita tenían sus más y sus menos. A veces pienso que primo y yo nos habríamos llevado como el ratón y el gato después de la boda. O quizás me engaño. Me proporciona consuelo y me permite dormir. Zapatera..., me hablas de honra, pero yo no perdí ninguna, fue él quien me la hizo perder a mí. Yo estuve allí. Entregada. Cumpliendo. Él huyó. Si hizo eso es porque ni me quiso.

—A todas nos han elegido por una dote o por ser jóvenes para ellos —apuntó Belisa, con cierta amargura.

Rosita daba vueltas a aquellas ideas, mezcladas con recuerdos del pasado y esa incómoda sensación que padecía cuando sus amigas le anunciaban que se casaban. Todas, una tras otra, habían contraído matrimonio. Y cada aviso supuso un golpe para su corazón. Era el mismo sentimiento que la atenazaba cuando a su casa acudían tres solteras con su madre y percibía, entre aquellas conversaciones, ese miedo omnipresente a no casarse y, por tanto, al peligro de bajar de clase social. Miedo, vergüenza, soledad, estigma. El dedo señalador y los rumores. Aprendió, frase a frase, que solo podía existir como mujer a través de un matrimonio.

—Quizás el problema era el matrimonio en sí, porque era el único destino para hacernos válidas —matizó Rosita—. Él no se merecía nada de mí. Ni mis suspiros ni mis desvelos. Él vivía sin pensar en mí y yo, en cambio, lo hacía cada día, cada minuto. Lo que me duele no es que me dejara sola. Lo que me dolió fue

creer en alguien. Puse mi confianza ciega en él y tuve que dejar de creer en sus promesas. Por eso dije: «El más terrible de los sentimientos es tener la esperanza muerta». Y no quiero estar así por siempre. Deseo que mi esperanza vuelva.

A Belisa le resultaba cada vez más complicado no compartir su historia. En cierta manera, desde que se terminó su obra, había vivido con estigma y vergüenza su propio comportamiento y situación. Fue engañada por su propio marido y, sin embargo, todo el mundo sintió pena por él tras su muerte. Ella, en cambio, había quedado como una mujer mala, de bajos instintos, capaz de abandonarlo por otro hombre.

—Mi drama —confesó Belisa, por fin, levantándose y caminando por la habitación— fue casarme con alguien a quien, en principio, no quise realmente. Mi deshonra fue buscar el amor y la llama del deseo en los que yo suponía que eran otros brazos, cuando eran los de mi propio marido disfrazados. Engañándome consiguió convertirme en un ser más ruin. ¿Sabéis lo que pienso? Creo que no se puede hablar de amor cuando nunca te han querido de verdad. Nuestros hombres nunca nos han elegido porque nos amaran, sino porque eran hombres que no podían permanecer solteros en la sociedad, y porque nosotras tampoco podíamos. Tuve un matrimonio de conveniencia. Eso es como ser esclava cada día que te levantas. ¿Qué hubo de malo en que no guardara lealtad de palabra a alguien que, desde el principio, ni siquiera se casó con un amor fiel a mi persona? Él ha quedado de ángel y yo de demonio. Debo hablar de esto con Federico. Quiero limpiar mi conciencia y no ser ni señalada ni castigada. Justo cuando fui infiel era cuando más fiel era a mí misma, más fiel a mis propios sentimientos. Justo cuando fui infiel era cuando menos me engañaba, cuando era libre, cuando me sentía yo... —Tragó aire con fuerza y se llevó las manos a su corazón—. Perdonad, tengo la angustia de llorar aquí, en mi pecho, porque no quiero hacerlo, pero decir todo esto es una absoluta liberación.

Rosita devolvió una sonrisa a Belisa con aquella confesión, que se forzó cuando a su mente llegó un nuevo recuerdo.

—Me ha venido a la memoria la voz de las mujeres de mi casa. Mi ama decía que cuando hablaba con ella y con mi tía, al menos, me desahogaba, y que las tres nos podíamos «hartar de llorar y nos repartíamos el sentimiento». Así, literal. Y tía siempre decía: «Es el defecto de las mujeres decentes de estas tierras. No hablar. No hablamos y tenemos que hablar». Hemos tragado demasiado dolor. Hemos mantenido demasiado silencio. ¡Que explote hoy todo lo que encerramos en el pecho!

Las tres asintieron como si aquella frase fuera una verdad absoluta. En un acto de comunión, entrelazaron las manos. Rosita respiraba aliviada. Sabía que había hecho lo correcto y que su intuición le había marcado el camino a seguir porque, como ya decía en su obra, «lo que me ha pasado a mí les ha pasado a más mujeres». Sabía que aquellas experiencias las unirían por encima de sus diferencias. Y si sus vivencias no eran exactamente iguales, los sentimientos sí que lo eran. Estrecharon sus manos con más fuerza y permanecieron así unos instantes hasta que el sonido de unos gritos provenientes del exterior irrumpió en la habitación a través del balcón, acompañado de unos fuertes golpes en la puerta.

«¡Que me dejes pasar primero!», «¡Ni te atrevas, malcriada!», «¡Loca del infierno!», «¡Dame a mí la carta!», «¡Madre, a estas alturas ya puedo hacer lo que quiera!», «¡Sois la vergüenza del mundo!», se escuchaba de forma alborotada al otro lado de la puerta, golpeada sin cesar.

Rosita se asomó por el balcón de Federico y corrió aprisa escaleras abajo; Belisa y la Zapatera hicieron otro tanto: mirar por el balcón y, sin mediar palabra, bajar con premura para abrir. Solo regresó un instante la Zapatera para cerrar la ventana de Federico, estirar la colcha de la cama y dejar en orden la habitación. Rosita llegó la primera y abrió de manera brusca la puerta, interrumpiendo los mamporros a la madera. Atropelladamente, Angustias, Magdalena, Amelia, y Martirio entraron dando gritos en el recibidor. Ajenas a todo, solo estaban concentradas en quitarse de las manos unas a otras la carta que Rosita había enviado, al tiempo que leían en voz alta alguna de sus frases. Belisa, la Zapatera y Rosita se quedaron en suspenso, contemplando cómo las hermanas se peleaban entre ellas. Oyeron entonces otras voces provenientes del exterior, así que las tres dirigieron la mirada a la puerta justo cuando, en el umbral, el negro luto de Bernarda inundó el espacio junto con un golpe seco de su bastón contra el suelo.

—¡Silencio! ¡Silencio he dicho! ¡Nadie va a responder a esa carta! ¿Me habéis oído? ¡Poncia, Poncia! ¡Cómo has dejado que llegue la carta a manos de las niñas!

Poncia alcanzó la puerta casi con la lengua fuera, secándose el sudor con su propio delantal. Empezó a hablar asfixiada, aunque sus pulmones se crecieron pronto por la rabia que llevaba dentro.

—¡Deje de gritarme, señora! —advirtió, inspirando con fuerza un sorbo de aire—. Primero, deje de llamar niñas a sus hijas. Algunas son mujeres ya viejas y gastadas por los años. Sus hijas ya no le pertenecen por mucho ladrillo con el que tapiara puertas y ventanas. Y segundo... Yo. La carta se la he dado yo. Ya estoy cansada de usted, y sus hijas merecen salir.

—Tienes alfileres en la punta de la lengua. ¡Cómo te atreves, ingrata! Serás insolente y desagradecida —espetó tajante Bernarda. Agobiada por los gritos de sus hijas, retiró con rapidez la mirada a la Poncia para acercarse a ellas con pasos contundentes y escupiéndole sus palabras una a una—. Vosotras tenéis que estar encerradas entre las paredes de casa y no esta locura de atravesar toda la Vega granadina con este calor de verano. ¡Despertad! ¡Dejad de mirar a las musarañas y poned los pies en la tierra! ¡No os hagáis ilusiones! No conseguiréis nada porque nunca podréis salir de vuestro papel.

Belisa y la Zapatera miraban con estupor a Rosita. Las tres, muy juntas, avanzaron unos pasos, como si en esa unión buscaran protección. Belisa, desbordada por lo que presenciaba, preguntó con un gesto quiénes eran. Rosita se acercó a su oído y le aclaró que eran Bernarda Alba y sus hijas. Las tres contemplaron cómo las cuatro mujeres pasaban, persiguiéndose las unas a las otras, del recibidor a la sala del piano y de allí hasta el comedor. Una vez de regreso en la entrada, empezaron a pelearse, intentando arrebatarle la carta entre gritos y golpes, formando un ovillo negro, donde era difícil identificar quién era quién. Entonces, entre la maraña de brazos, sobresalió el cuerpo de Bernarda, que lanzó una mirada sentenciosa hacia Belisa, la Zapatera y Rosita.

—¿Quién de ustedes ha tenido la osadía de llenar de pájaros la cabeza de mis hijas? ¿Quién ha sido capaz de arrebatar la poca cordura que quedaba en mi propia casa rompiendo el silencio?

Las hijas cesaron de pelear, interesadas también en conocer la respuesta. Rosita levantó la mano con encogimiento, hasta que sintió cómo la Poncia se la bajaba con fuerza, antes de enfrentarse de nuevo a la señora.

—Usted no va a buscar ahora culpables cuando la única culpable sigue y seguirá siendo Bernarda Alba. Esa carta ha sido el único soplo de aire fresco tras días de plomo sobre nuestras espaldas.

—¡Silencio he dicho!

—Madre —irrumpió Martirio—, ¡basta! Pide silencio y la que rompe siempre el silencio en el que estamos es usted, con sus gritos. Llevamos toda la vida soportando los muros de cal blanca que no dejan respirar en verano y nos

congelan en invierno. Hoy nos ha latido el corazón con esta carta. ¡Qué digo latido! ¡Nos ha galopado!

—Las niñas se le rebelan, señora. Y la Poncia nunca se equivoca. A estas ya usted no las controla. Son lagartijas corriendo por las paredes.

Justo cuando Rosita iba a cerrar la puerta de la casa, notó una fuerza contraria que hacía presión, invitándola a abrir. Cuando se retiró, apareció una mujer anciana de ochenta años, cubierta con flores en la cabeza y en el pecho, y apretando en sus brazos una oveja, que no paraba de balar sin cesar.

—María Josefa, señora, ¡qué hace usted aquí! —exclamó la Poncia nada más verla—. Si su puerta tenía la doble llave echada y la tranca puesta.

—¡Madre!

—¡Abuela! —exclamaron las hijas.

Magdalena se acercó a ella.

—Magdalena, cara de hiena, Bernarda, cara de leoparda —replicó la anciana, a la vez que acariciaba a la oveja—. Adela me ha pedido su vestido verde, ¿lo sabías?

—¡Qué tonterías dice usted! —protestó Poncia, mirando al cielo.

Por detrás, apareció la Criada, suplicando con sus manos perdón ante el descuido, asfixiada al hablar.

—No he podido retenerla. No sé cómo, pero cuando me di cuenta ya estaba fuera, en la calle, camino de la Vega detrás de todas ustedes. He salido corriendo, lo más pronto que pude. Pido perdón.

—¿Perdón? —bramó Bernarda, a la vez que levantaba el bastón para golpearla y lo agitaba contra ella—. No hay perdón que puedas pedir que te salve. ¡Qué habrán dicho las vecinas de semejante espectáculo! ¡Tenemos que ser de nuevo la deshonra del pueblo! ¡Toma y toma, por descarada, zopenca, mentecata, inútil!

Bernarda no paraba de murmurar y sentenciar humillaciones y desprecios mientras le daba bastonazos a la Criada, que echó a correr despavorida por la casa dando gritos, con su señora detrás. Las hijas iban tras su madre, con la intención de pararla, sin éxito.

—¡Yo quiero ser libre! —decía María Josefa, besando a su oveja y siguiendo a todas las demás por la casa, por inercia.

—¡Silencio, madre! —exclamó Bernarda a la anciana, antes de lanzar un grito que se elevó por encima del griterío reinante. Soltó su bastón sobre la mesa, se llevó la mano a un tobillo con una mueca de fastidio y se retiró el zapato—. ¡Por andar todos estos kilómetros hasta aquí y correr detrás de esta

rata, ahora se me ha roto el zapato! ¡No sé si me he lastimado! ¡Con esto no puedo andar por toda la Vega y volver a casa!

—¡Eso no es problema! Deje que yo se lo arregle.

—¿Y usted quién es? —espetó Bernarda, desconfiada.

—Soy la Zapatera. No sea arisca, mujer, y déjese hacer. —Se acercó y le retiró con esfuerzo el zapato a Bernarda de su mano, que se resistía. Lo inspeccionó por encima—. No haga un drama. Esto no es nada. Antes de llegar he dado un vistazo; lo de ahí al lado es un cuartillo que debe de ser la casa de los guardeses. Seguro que ahí tienen material. Con unas puntillas esto está listo.

—Pero ¿el zapatero no era tu marido? —preguntó Belisa.

—¿Y? Yo soy la Zapatera. Las mujeres podemos hacer tareas de hombres mejor aún incluso que ellos. Vente y te lo demuestro.

Tal y como lo dijo, la Zapatera salió dispuesta por la puerta en busca del cuartillo donde arreglar el calzado de Bernarda, que se quedó con un rostro estupefacto. No estaba acostumbrada a un trato así. Belisa siguió sus pasos y Rosita se retiró hacia el salón, pero con el oído puesto en lo que ellas conversaban.

Desde el comedor se escuchaba llorar a la Criada, escondida en la cocina.

—Dejad que llore, se lo tiene merecido —sentenció Bernarda, mientras se sentaba en un sillón frailerero junto a la ventana.

—Madre, tenga algo de bondad por una vez. Si no por ella, por sus hijas —imploró Martirio, que se sentó también, lo más próximo a su madre, en una de las sillas de cuero en torno a la mesa—. Ya que hemos llegado hasta aquí, hagamos lo que pide la carta. Yo quiero conocer a Federico.

—¡Ni Federico ni Federica! Ese hombre nos sentenció. ¿Queréis que todas las demás cotilleen sobre nuestras vidas, que hablen de nosotras aún más y se alimenten del veneno de sus lenguas? Somos mujeres. Ya estamos juzgadas desde que nacimos y fuimos creadas. No pienso dejar que se manche más nuestro nombre.

La Poncia, que venía de intentar acallar los sollozos de la Criada en la cocina, irrumpió en el comedor con una carcajada.

—¡Y qué más da, señora! Si ya todo el mundo ha leído su obra, si todo el mundo la conoce. ¿Y sabe lo peor? Que nadie la quiere por mandona y dominante. Usted ha sido una serpiente que nos ha envenenado a todas, incluso de muerte. Y sabe a qué me refiero. Rebélese contra usted misma y no sea más una madre cargada de veneno. Quite esa cara agria.

Bernarda se levantó hacia ella, dando un golpe con el bastón.

—Ser madre es el trabajo más ingrato que existe. Y tú lo conoces. Poncia, sabes que he sido madre y señora para proteger la honra de mis hijas.

—Para la honra de ellas, no, para la suya propia. La honra, la honra, la honra... es lo único que la obsesiona. Su vida está marcada. ¡Defiéndase si tiene sangre en las venas! ¡Tire sus muros de la vergüenza!

—No me condenes más y no me miréis así vosotras, desagradecidas —acusó, con una mirada fulminante a sus hijas, regresando a su sillón—. Yo fui la única madre que se podía ser en una sociedad donde las mujeres no contamos nada, donde las amantes son deshonra y el matrimonio es pureza, decencia y honra. No pude ser otra madre sin padre en casa.

Bernarda respiraba agitada, su pecho subía y bajaba con celeridad, pero su rostro permanecía hierático, implacable. Sus manos apretaban enérgicamente su bastón, donde se percibía una rotura arreglada de forma torpe. Ese bastón, más que una ayuda para caminar, la sostenía a ella por completo, en sus decisiones y en sus valores. Era como un pilar que casi formaba una prolongación de sus brazos. Magdalena y Angustias, con aire abatido y decepcionado, se sentaron en el sofá rústico y barroco tapizado de rojo, muy juntas, mientras que Amelia ocupó una silla trono independiente, cerca de la rosa *mutabile*.

—Madre —interrumpió Martirio—, en la obra, yo le decía: «los hombres se tapan unos a otros». Y mírenos. Nosotras estamos aquí, despellejándonos vivas. Esto puede ser una oportunidad para romper la tragedia. ¿No ha pensado que quizás pueda venir Adela?

Se produjo un espeso silencio, más espeso que el calor que se acumulaba en aquellas paredes.

—Qué estás diciendo. Adela no existe. Adela está muerta —respondió Bernarda, contundente.

—Pero quizás podemos hablar con Federico para que Adela vuelva. Los personajes muertos nunca mueren porque, cuando nos leen y nos releen, algo dentro de nosotras revive nuestra historia. Quizás los personajes muertos quedan en una especie de limbo y regresan cuando son reclamados. Solo tenemos que encontrar la forma. Usted se cree fuerte, pero su muerte aún le atenaza la garganta y las entrañas. A pesar de los metros de muros, yo la escucho llorar cada noche.

El rostro de Bernarda se volvió más tenso, aunque roto. Respiraba aún con premura, como si la cadena de acontecimientos la desbordara.

—Soy fuerte y ruda, pero me haría cal y polvo si viese a Adela. Ni en pensamientos lo haría. Ahora meditaré si vemos a Federico. Pero, antes, dejemos

de alimentar a las hienas y limpiemos los trapos sucios entre las paredes más cerradas de esta casa. Que nada salga de aquí, porque esa tal Rosa, la Zapatera y todas las que vengan querrán saber de nuestras vidas. Y no. No más teatro. Fuera no quiero llantos, ni gritos, ni quejas. Hay que resolver toda esta vergüenza. Si esperamos a Federico, lo haremos como señoras.

Rosita, que escuchaba desde la sala del piano, interrumpió desde lejos.

—Disculpe, ¡su madre está en el jardín con la oveja! —gritó, mientras observaba a la anciana desde la ventana—. Y dice que ella habla con Adela.

—Pero qué locura. Tiene la cabeza perdida. Martirio, ve en su busca y la traes. De aquí ya no se escapa.

Desde el salón, Rosita observó cómo Martirio tiraba del brazo de la abuela, que se resistía a caminar, hasta que lo consiguió. La oveja balaba aún con más fuerza y la abuela no paraba de gritar: «¡Yo quiero ser libre!». Sin apartarse de la ventana, Rosita les comunicó que podían quedarse en el comedor, donde ahora estaban, para hablar entre ellas. Ante la ausencia de respuesta, dio unos pasos cortos hasta el umbral y atisbó sentadas en el sillón tapizado de rojo sangre, al fondo de la estancia, a las demás hijas de Bernarda, con sus ropajes negro luto y las caras demacradas. No pudo evitar verse reflejada en ellas y, a pesar de su dolor, sintió un poco de alivio al comprobar que aún podía haber tenido una vida peor, semejante a la de aquellas mujeres, ocultas tras los muros y sin hablar entre ellas. Rosita cruzó el recibidor y, conforme avanzaba hacia el arco abierto que daba paso al comedor, descubrió la figura de Bernarda. Estaba sentada de espaldas a ella, con el pie descalzo y quejosa del llanto que la Criada no conseguía reprimir y cuyos sollozos se escuchaban tras aquellas paredes.

—Poncia, ve a la cocina y dile que se calle. Las lágrimas son de débiles. — Poncia obedeció. Cuando se apartó de ella, Bernarda vio a Rosita en el umbral—. Y usted, aléjese. Déjenos en silencio. Bastante ha organizado ya como para que siga chismorreando sobre nuestra vida. Y vosotras, hijas, ni abráis la boca hasta que yo lo ordene, que tenemos que ajustar cuentas.

Esas fueron las últimas palabras que Rosita escuchó antes de salir por la puerta verde, con un suspiro de consuelo por no estar ahora entre las paredes de aquella habitación.

La Poncia entró en la cocina. La Criada, sentada a la mesa redonda, vertía lágrimas sobre sí misma, con la cabeza escondida entre los brazos, en un deseo

de que la tierra se la tragase y desapareciera de allí. Había hecho un repaso rápido a su vida de entrega y pobreza, a la humillación constante, a ese suelo pegajoso del que nunca podría despegarse por más que lo quisiera. Su condición de mujer y de pobre la ataba a vivir, a ella también, entre muros y techos infranqueables.

—Alegra esa cara que estás más triste que estas dos granadas secas que han puesto aquí —la animó Poncia mientras elevaba el frutero de cerámica que había en el centro de la mesa. Arrastró una de las sillas de enea verde que había en la estancia hasta la mesa y se sentó junto a la Criada—. Pareces nueva, tú también; deja de llorar por Bernarda, ya sabes cómo es.

—¡Me ha golpeado con el bastón, como si yo fuera una mula de carga y no una persona! ¡Me ha dicho rata!

—¡Ni que fuera la primera vez!

—No soy una de sus hijas y, sin embargo, por pagarme con sus míseras monedas, me trata como a un animal. Tengo sangre en las manos de fregarlo todo. Llevo toda la vida de rodillas ante ella, obligada a darle las gracias por sus dineros, a darle las gracias por cada una de sus humillaciones, y todo porque no tuve otro porvenir desde la cuna. Quien nace pobre, muere pobre, y las mujeres aún más. ¡Maldita sea!

—No te lamente tanto. No has evitado que María Josefa traspasara el umbral de la puerta. Y de lo otro, no te quejes, que aun pobres, hemos tenido pan y cama. Nuestro destino estaba marcado y no podemos aspirar a más.

—Eso lo dices tú, Poncia. Poncia..., tú tienes nombre. Yo ni siquiera me lo merecí. «La Criada»..., pues a mucha honra, más que la suya. Me gano la vida con estas manos y el sudor de mi frente, pero no pienso tolerar una vida con más degradaciones. Que ella cuide a su madre alguna vez, que es incapaz de tener corazón hasta con quien la parió de sus adentros.

Poncia se sacudió las manos sobre el delantal, dejó escapar un fuerte suspiro y se quedó observando los utensilios de la cocina. Luego se levantó y fue reparando en cada uno de ellos mientras opinaba en voz alta acerca de su calidad: «este horno es de lujo para hacerme unas piñas», «hace años que no veo nada así», «la señora no se gastaría ni una moneda en esta vajilla». Hablaba por si la Criada desviaba su atención hacia sus palabras, para que dejara de llorar, pero no había forma. Recordó que, nada más ser contratada en la casa de Bernarda, hacía muchos años, ya había visto a la Criada llorar en una cocina. También Poncia había llorado con ella, aunque nunca se lo reconoció porque siempre le venía bien la excusa de que sus lágrimas eran por cortar cebolla. El llanto

del servicio siempre tenía lugar en la cocina, entre fuegos, vahos, calor y agua donde limpiar los restos. Ya no le quedaban más utensilios sobre los que opinar.

—Mira, Criada, para ya o tendré que coger una de estas ollas de cobre para que llores ahí y no nos inunden tus lágrimas...

La otra levantó la cabeza y sonrió entre sollozos con aquella ocurrencia, a lo que Poncia descolgó una olla y se la puso delante. El gesto levantó una pequeña carcajada de la Criada, que decidió confesar un pensamiento.

—Poncia... A veces creo que la señora supo que su Antonio María Benavides me levantaba las enaguas detrás de la puerta del corral —recordó, mientras se frotaba los ojos con sus manos.

—¡Calla, Criada, que podemos salir de aquí con los pies por delante! —respondió Poncia, acompañada de un siseo de desaprobación para que controlara el tono de voz.

—Me da igual, como si quiere llevarme crisantemos. Pero sé que fui quien más lo quiso de quienes le sirvieron.

—Lo sé, lo sé. Lo dices en la obra misma, ojalá nunca llegue a leerlo o montará en cólera. Hay que ser descarada para esa confesión —advirtió Poncia, a la par que recorría la cocina tocando todas las superficies y utensilios. Entonces descubrió en una alacena a la derecha de la chimenea una pequeña puerta cerrada con un pestillo y, curiosa, la abrió. Al instante, Poncia pegó un brinco y se apartó asustada, al encontrarse cara a cara con el rostro de Bernarda

—¡Poncia! ¿¡No habrás estado escuchando nuestras conversaciones!? —preguntó Bernarda, asomando la cabeza hasta donde pudo por la pequeña abertura que conectaba la cocina y el comedor.

—¡Que me parta un rayo si así fuese, señora! ¡Déjese de retintines!

—Deja ahí a Criada y ven a reunirte con mis hijas. Ellas te contarán lo que habrá que decir de regreso al pueblo. Nadie más manchará nuestra honra. Y yo, mientras, voy en busca de mi zapato, porque ella será zapatera, pero tarda más que la llegada del invierno. Mis pies no pueden pisar tierra ni barro, y aquí es lo único que hay.

Con ímpetu, dio media vuelta y se alejó del pasaplatos, aunque no sin antes mirar con firmeza a sus hijas, sin mediar palabra. Sus ojos eran capaces de controlarlas de forma férrea. Esperó a que Poncia llegara al comedor y, una vez se hubo asegurado de que todo estaba tal y como deseaba, salió en busca de la Zapatera.
